

Yilali Ben Dris Zerhoni (El Rogui Bu Hamara).

«El Pretendiente» que entre 1894 y 1909, pudo cambiar el rumbo de la acción española en Marruecos

Francisco BARCELÓ SICILIA

Interventor en el antiguo Protectorado de España en Marruecos

En 1894 muere en Tadla el Sultán Muley Hassán, de la dinastía Alauita, que había instaurado a mediados del siglo xvii Muley Rachid. A su muerte no se puede hablar de la existencia de un Estado marroquí, ni siquiera de la formación de un reino en estado embrionario. El territorio es un caos en plena descomposición, y en él impera la anarquía más absoluta. Las fronteras con los países vecinos no han sido delimitadas. En cuanto a sus relaciones con el exterior, la política es la de mantener alejados de Marruecos a los europeos, al propio tiempo que crear entre dichas potencias recelos y diferencias que hicieran imposible el establecimiento de un statu-quo que, conjuntamente, podrían haber llevado un mínimo de estabilidad, pero el odio a lo extranjero era muy superior a cualquier otra consideración. Para ello el Sultán mantenía una representación diplomática en Tánger, residencia de los representantes extranjeros, de tal forma que cualquier asunto a tratar se dilataba tanto en el espacio como en el tiempo, y siempre a voluntad del Sultán. De un lado, la comunicación entre Tánger y Fez era prácticamente inexistente. El traslado de una embajada entre ambas ciudades era más una aventura de imprevisibles consecuencias, no exenta de riesgos, tanto por la carencia de caminos y vehículos, como por la necesidad en algunas zonas de atravesar por territorios ocupados por tribus insumisas a la autoridad del Sultán. De otro lado, y el que estas embajadas fueran recibidas de tarde en tarde, y por separado, con concesiones o favoritismos a unas u otras, hacía imposible o extremadamente difícil llegar a un acuerdo entre ellas con el fin de lograr una solución al problema que Marruecos constituía en sí mismo.

Desde otra perspectiva, y en el orden interno, la situación era aún más compleja y delicada. No existía la menor organización ni administrativa ni política, las distintas y diversas tribus no acataban la autoridad del Sultán y el territorio ocupado por cada una de ellas aumentaba o menguaba de

forma continua en función de la capacidad guerrera de los cabecillas que las lideraban. De hecho, se hacía imposible establecer qué territorios eran «blad-majzen», el sumiso al Sultán, y «blad-siba», o libre. En consecuencia, el Sultán sólo contaba con los cargos palaciegos distribuidos entre las cuatro ciudades denominadas imperiales: Fez, Rabat, Marraquech y Mequinez, y un pequeño ejército que más bien constituía su guardia personal que se movía tras su estela en el cuadrilátero formado por aquéllas, según aconsejaran las circunstancias y siempre con la misión de garantizar la seguridad personal del Sultán.

Con la muerte de Muley Hassán se produjeron otros acontecimientos de carácter dinástico, que vendrían a ahondar aún más en la descomposición del mal llamado Imperio marroquí. En 1893 —un año antes de su fallecimiento—, el Sultán, influido por su última favorita, Lal-la Rekía, una esclava circasiana de religión cristiana, proclama como su sucesor al hijo habido con la misma Muley Abd-el Azis, un joven de sólo 13 años de edad, desheredando no sólo al mayor de sus hijos Muley Mohamed sobre el que tradicionalmente recaía el mayor derecho, sino también sobre todos los demás hijos varones: Muley Yusuf, Muley Haffid, etc. El enfrentamiento de Muley Mohamed ante su padre por la decisión adoptada le llevó inmediatamente a ser encarcelado. Mientras tanto, la labor realizada hábilmente por Lal-la Rekía con la colaboración del gran visir del Sultán fallecido Ba-Ahmed, llevó al convencimiento de los ulemas y de los chorfa de la necesidad de la proclamación de Muley Abd-el-Azis.

El cadáver de Muley Hassán fue llevado a Rabat, donde se procedió a la proclamación del nuevo Sultán. Hubo una conjura para haber proclamado en Marraquech a Muley Mohamed, que se encontraba recluido en la alcazaba de esta ciudad, pero la acción de Lal-la Rekía y de Ba-Admed hizo fracasar la conjura. Muley Mohamed, a quien llamaban el Tuerto, continuó preso en Marraquech.

Durante los primeros años del reinado de Muley Abd-el-Azis, hombre débil de carácter y poco laborioso, todos los asuntos de gobierno estuvieron en manos del que había sido gran visir de su padre Ba-Ahmed. A la muerte de éste en 1890 el Sultán tuvo que enfrentarse con el delicado problema de un Marruecos en franca decadencia y en el que no faltaban descontentos como consecuencia de la política dictatorial de Ba-Ahmed.

En 1901 Abd-el-Azis decide gobernar por sí mismo, y ante los movimientos de las tropas francesas que habían conquistado el Tuat y se dirigían hacia Tafilete, envía dos embajadas, una a Londres y Berlín y otra a París y San Petersburgo, no sólo en solicitud de ayudas y orientaciones, sino también para estudiar qué tipos de reformas políticas, económicas y administrativas podrían ser introducidas en el reino de Marruecos.

Al regreso de dichas embajadas, dos experiencias de muy distinto signo son fácilmente aceptadas por el Sultán que, inmediatamente y sin el rigor y la prudencia necesarias, trata de llevarlas a efecto. De un lado, lo que no es

más que una impresión superficial y externa de la civilización o del progreso como es la importación de bicicletas, máquinas fotográficas, mesas de billar, coches, carrozas, un ferrocarril Decauville, etc. De otro, el desarrollo de un sistema tributario: el impuesto del Tertib. Esta reforma de vital importancia precisaba del establecimiento previo de un censo general de la población y del catastro de la riqueza pública y pecuaria, además del estudio pormenorizado que permitiera redactar un reglamento justo en su aplicación.

Las nuevas medidas puestas en práctica sin más dilación provocaron el fracaso más absoluto. Aparte de la resistencia tradicional de algunas regiones o cabilas para pagar los impuestos. Los chorfa, descendientes del Profeta, se sintieron ultrajados; los caides, a quienes se les asignaba un sueldo, acusaron la pérdida de los beneficios cuantiosos que le producían los tributos cobrados con indiscutible abuso; lo mismo sucedía con el personal que intervenía en los cobros y, de un modo general, presidió la idea de que ello significaba ir contra los intereses religiosos tradicionales como una prueba más de la falta de celo religioso de quien, como el Sultán, era el representante del Profeta.

Aun reconociendo que el propósito era bueno y beneficioso para Marruecos, al no haberse establecido y montado previsoramente el sistema antes de su aplicación y puesta en práctica, la realidad fue que la mayor parte de las tribus o cabilas no pagaron tributo alguno, con lo cual se logró el efecto contrario al deseado: al disminuir los recursos previstos para gobernar el país, la anarquía aumentó, extendiéndose por todo el territorio como reguero de pólvora.

Es en estos momentos difíciles de la historia de Marruecos, cuando aparece Yilali Ben Dris Zerhoni el Yusefi. Era éste un bereber arabeizado, de unos cuarenta años de edad y oriundo de la aldea de los Ulad-Yusef en el Zerhún. Había estudiado en sus años juveniles en la corporación de los Tolbas Mohendisín o alumnos ingenieros, siendo posteriormente secretario de Muley Omar, hermano del Sultán, y compartiendo vivienda con Si el-Mehdi el Menhebí que desempeñaba entonces las modestas funciones de caid el-mía y que muy pronto, gracias al favor de Muley Abd-el-Azis habría de llegar a los más altos puestos del majzen.

Envuelto Yilali Ben Dris en una intriga palaciega, no lo suficientemente aclarada, es encarcelado, permaneciendo en prisión durante dos años. El hecho coincide con el momento en que Muley Hassán realiza su expedición a Tafilite y, cuando Muley Omar, su protector, era califa de Fez.

Excarcelado o huido, Yilali viajó por Argelia y Túnez durante una temporada, regresando a su poblado de origen a lomos de un pequeño asno y se estableció, para poder vivir, como aspirante a morabito con el nombre de Bu Hamara (el hombre o el padre de la burra). Con este carácter recorrió las tribus multiplicando los juegos de prestidigitación, encantamientos, sortilegios y hechicerías, y todo ello con tal habilidad que pronto alcanzaría fama de santidad, y hasta se hizo pasar por xerife. El éxito que

tuvo en su nueva profesión fue tan grande que le sugirió la idea de más altas empresas, y favorecido por las circunstancias y por la inevitable reacción contra las referidas precipitadas reformas, halló a los riatas dispuestos a entrar en campaña. Ante la multitud declaró ser Muley Mohammed ben el-Hassán, hermano mayor del joven Sultán, y se presentó como pretendiente al trono; pero con los jefes de las tribus no trató de ocultar su verdadera personalidad, y afirmó que una vez en Fez, cedería de buen grado el puesto al xerife que se eligiera. Pero los sucesivos fracasos de Muley el-Quebir acabaron por elevar a Yilali ben Dris a la categoría de «Rogui».

Cualquier persona que, sin pretensiones dinásticas, aspiró en Marruecos a derribar al Sultán y a crear un nuevo gobierno, tomó el título de Rogui. En realidad hubo en el Mogreb multitud de tales pretendientes, y bien puede afirmarse que todas las dinastías marroquíes, xerifianas o no, deben su origen a agitadores afortunados. En 1862, durante el reinado de Sidi Mohammed, un individuo de la fracción de los rughas, que pertenecía a la tribu de los seffián, en el Gharb, llamado Yelil er-Rogui, sublevó a algunos secuaces, mató al kaid de su tribu y marchó sobre Fez. Poco le costó al Sultán desembarazarse de aquel competidor insignificante, y la columna enviada en su persecución encontró su cadáver en la zauia de Zerhún, en donde se había refugiado y en la que había sido asesinado inmediatamente. Aquella insurrección había durado cuarenta y ocho días, y desde aquel momento a todo agitador que pretendió enfrentarse a la autoridad del majzen, recibió el apodo de «el Rogui».

La imaginación popular no había esperado el período de sus brillantes éxitos para ceñir al nuevo Rogui la aureola de los milagros, de las profecías y de los sueños en que se complacía la monótona existencia de los países marroquíes, pues desde la primera aparición de Bu Hamara su taumaturgia había llamado en todas partes la atención pública, y hasta en Fez se hablaba con asombro de sus actos extraordinarios. En las zauias, los santos personajes soñaban con él y hacían sobre el mismo profecías, al mismo tiempo que formulaban sus críticas embellecidas con imágenes contra el Sultán reformador. En los aduares del Ghar había modestos narradores que se dedicaban a relatar los milagros del Rogui y repetían un oráculo pronunciado por éste: «cuando esté sobre el puente del Sebú, vislumbro ya las llamas que se elevarán del mel-lah de Fez».

En enero de 1903 se recibe en Tánger la noticia de una gran derrota sufrida por las tropas jalifianas: en efecto, el Rogui Bu Hamara había sorprendido a la columna del sultán el día 23 de diciembre, y habiendo atacado aquella misma tarde el campamento imperial, las tropas leales se habían defendido poco o mal y habían acabado por emprender la fuga.

Terminada la tregua impuesta por la pascua del Aaid es-Seguir, Bu Hamara continuó su ofensiva provocando que los misioneros ingleses y americanos y algunos alemanes e italianos abandonaran la capital, realizándose así el éxodo de más de la mitad de la colonia europea.

Al mes siguiente, o sea, en el mes de marzo de 1903, el Sultán Muley Abd-el-Aziz, procedente de Marraquech y Rabat, se instala en Fez, presentándose por primera vez a la consideración de la verdadera capital del imperio y de todo el norte de Marruecos, tratando de mostrar todo su poder personal, al mismo tiempo que exponía cuáles eran sus tendencias renovadoras. La prueba era difícil, porque así como el Haús, o Marruecos meridional era una región relativamente tranquila, y sus grandes llanuras formaban el bloque principal del país majzen, los montañeses del Gharb, en cambio, era gente más ruda, mientras que Fez había sido tenida siempre por ciudad levantisca, siendo toda la comarca que la rodea, salvo hacia el oeste, más o menos afecta al blad-es-siba.

Mientras el Sultán trataba de ofrecer una imagen de gran fortaleza y de la bondad de sus tendencias reformadoras, el Rogui Bu Hamara recorría los mercados del uad Innauen, situado al este de la capital, reconciliando a las tribus y logrando que los notables bereberes y yebalas de la región se confabularan contra la reforma fiscal pretendida por el gobierno. De momento no se hizo caso de tan alarmantes indicios, pero la agitación se propagó: una fracción de los ait-yussi, que habitaban en la montaña que dominaba Sfru, a pocas horas de Fez, saqueó la Kasba del Kaid, mientras que en la quebrada región que limita al oeste la llanura del Sais, los gheruán y los zemmur agitábanse a su vez y saqueaban el zoco de Mequinez. Existía, por tanto, un estado de perturbación que se extendía en semicírculo y ganaba terreno alrededor de Fez.

Cuando la agitación hubo adquirido cierta consistencia, el majzen tenía a su lado muy escasas fuerzas, unos 2.000 hombres aproximadamente, que en tiempos de normalidad eran suficientes para su custodia; el resto del ejército regular estaba distribuido en pequeñas columnas que operaban en todos los ámbitos del imperio. Se procedió, por tanto, a concentrar el ejército y se pidieron al país majzen contingentes auxiliares, proclamando para ello la harka. A duras penas se logró reunir a 15.000 hombres.

El saqueo del zoco de Mequinez, ciudad imperial, merecía naturalmente la primera represión, y para efectuarla se envió a las gentes del uad Innauen, un Kaid el-mia, acompañado de veinte jinetes, con la misión de apoderarse del agitador. Estas fuerzas insignificantes regresaron precipitadamente, muy contentas de haber salvado el pellejo, y Fez supo, sin dar a la cosa gran importancia, que Bu Hamara, apoyado por algunas de las tribus de los riatas, hacía rezar en su nombre en la ciudad de Taza, lo que en derecho musulmán constituye el signo más evidente de soberanía. Súpose también que un riata había sido nombrado por aquél Kaid de la ciudad, y el Kaid del majzen, dignamente encerrado en su casa, compraba su seguridad dando a su sucesor útiles consejos sobre la administración de la comarca.

En octubre el majzen envió a Taza algunos centenares de jinetes encargados de prender por sorpresa al Rogui Bu Hamara, que en aquel entonces disponía de muy poca gente y no podía contar más que con algunas

fracciones de los riatas; pero también en aquella ocasión el reducido contingente del Majzen hubo de batirse en retirada. En vista de ello el gobierno se decidió a mandar al valle del Uad Innauen una mehal-la (campamento de una columna expedicionaria) de 2.500 hombres, mandada por el hermano del Sultán, Muley el-Quebir, que acampó en la frontera de dos tribus, los hayainas y los tsul, en el Tleta (mercado del martes) de los primeros; y de este modo comenzaron propiamente las operaciones militares contra Bu Hamara.

Comúnmente la tarea de las mehal-las jerifianas no se topaba con grandes dificultades; pero la de Muley el-Quebir fue una excepción de esa regla general, puesto que se vio detenida y no pudo avanzar sobre Taza. A falta de ocupación mejor, contentóse la mehal-la con saquear las tribus sometidas en cuyo territorio acampaba, y aun acabó por intentar una ligera «suga» (la suga era una operación de reconocimiento ofensivo que permitía sorprender algunos adueros y cortar algunas cabezas de campesinos imprevistos) que les valió algunas cabezas y provocó un débil movimiento de retirada de Bu Hamara.

Ahora bien, como el Sultán estaba harto desde hacía tiempo de residir en Fez, de la agitación de las provincias del norte y del espíritu de oposición de los fasíes, y deseaba regresar al sur y volver a la vida más libre de Marraquech, dióse prisa el gobierno a tomar como pretexto la pequeña victoria de Muley el-Quebir para considerar terminado el período de agitación en las tribus del Uad Innauen, y a mitad de noviembre, el majzen partió para Rabat con una columna encargada de castigar, de paso, a los gheruán y a los zemmur. El Sultán pasó, sin detenerse, por delante de Mequinez, limitándose a realizar una peregrinación a los morabitos de la ciudad y a la tumba de su ilustre antepasado Muley Ismail, mientras la mehal-la penetró en el territorio de los gueruán, que comparecieron en gran número.

Después de arduas negociaciones con los zemmur y los gheruán y cuando el Sultán y sus hombres parecían haber encontrado el camino expedito para su regreso a Rabat, los acontecimientos del este le obligaron a volver repentinamente a Fez. La columna de Muley el-Quebir, que seguía operando en el valle del Uad Innauen, acampaba aún en la frontera de las tribus de los riata, de los tsul y de los hayaínas, y sin tener en cuenta si esas tribus eran rebeldes o sometidas o estaban a la expectativa, se dedicó a saquear violentamente los tres territorios indistintamente. Los hayaínas, que hasta entonces habían permanecido fieles, acabaron por exasperarse al verse tratados de aquel modo, y tomaron también sus medidas; al intentar la mehal-la una incursión en tierras de los riata, fue rechazada con grandes pérdidas. Esa victoria aumentó extraordinariamente el prestigio de Bu Hamara, y tuvo gran resonancia en Fez, en donde por vez primera se tomó en serio al Rogui Bu Hamara. Así las cosas, el majzen no podía proseguir su marcha hacia Rabat que habría tenido toda la apariencia de una fuga y acrecido el poder del pretendiente; en su consecuencia, el Sultán hubo de vol-

ver sobre sus pasos para defender el norte de Marruecos contra los peligros de una agitación que, de día en día, tomaba mayor incremento.

De vuelta a Fez, el Sultán Muley Abd el-Aziz, ordenó se formaran varias columnas para avanzar por el valle del uad Innauen y apoyar a la mehal-la de Muley el-Quebir; el mando de esas columnas se confió a dos xerifes de la dinastía reinante, y al propio hermano del ministro de la guerra. Las cuatro mehal-las eran independientes unas de otras, si bien debían operar juntas, y su efectivo total se elevaba a unos 15.000 hombres. Cuando estuvieron en el teatro de las operaciones, a unos cien kilómetros de la capital, las fuerzas jerifianas efectuaron, por la fuerza de la costumbre, algunas sugas sin importancia; pero luego surgieron disensiones entre los jefes, lo que motivó que uno de los días que los soldados regresaban al campamento para la comida, coincidiendo con el fin del Ramadán, los jinetes riatas llegaron por sorpresa y se instalaron casi sin combate en el campo abandonado, en donde encontraron la comida preparada, las tiendas montadas, cañones, fusiles, municiones y mujeres para ser repartidas. Los 15.000 hombres del majzen habían desaparecido como por encanto, y a los dos días llegaron a Fez, produciendo un pánico indecible; venían harapientos y sin armas, porque los rencorosos hayaínas, después de haber contribuido bajo mano a la derrota, se habían apresurado a despojar a los vencidos. El desastre abrió al Rogui el camino de Fez, de tal manea que una marcha rápida podía poner a merced suya la primera capital del imperio, al majzen y al mismo Sultán.

Al contrario de lo que era previsible, el Rogui, en lugar de avanzar sobre Fez regresó a Taza, en donde celebró el Aaid es Seguir, rodeado de pompa imperial, y para estrechar los lazos con los riatas, se caso en el territorio de éstos con una joven de la poderosa fracción de los Ehl-tahar; hecho lo cual invitó por cartas a todas las tribus orientales del imperio a que se le unieran, constituyó un majzen y con los restos del campamento jerifiano organizó una mehalla. De manera que enfrente del gobierno legítimo quedaba formado un gobierno revolucionario. Bu Hamara contaba verdaderamente con un partido numeroso: todas las tribus del uad Innauen, los tsul, los branes, los beni uaraín y los hauaras, que son bereberes, se mostraban inclinados a abrazar su causa. Decíase, además, que las tribus orientales de Marruecos se manifestaban, asimismo, dispuestas a hacer causa común con Bu Hamara. Los hayaínas apremiaron al pretendiente para que instalara su mehal-la delante de su territorio; y de este modo el Rogui se vio impelido a establecerse en el Jemis el-Gur, a seis horas de Fez, y luego en el mismo Tleta de N'Jila, dos horas más cerca de la ciudad. De suerte que un mes después de su gran victoria el Rogui se hallaba a corta distancia de la capital.

El majzen, por su parte, no había permanecido ocioso, sino que una vez pasado el primer momento de estupor, trató de reunir sus tropas, para lo cual adoptó, entre otras medidas, la de aumentar considerablemente las pagas, tanto de infantes como de jinetes; así como el establecer negociaciones con las tribus vecinas.

Las tímidas sugas del majzen, seguidas de los involuntarios avances de Bu Hamara fueron, durante cierto tiempo, la preocupación única de los habitantes de Fez. Todo hacía presagiar que se acercaba un momento decisivo.

Al fin se efectúa la suga tan laboriosamente preparada por el majzen. Esta mehal-la y la de Bu Hamara hallábanse, en aquellos momentos, a 25 kilómetros una de otra. Los combates pasaron por distintas alternativas, pero al final los hombres del majzen pusieron en fuga, dispersos en todos los sentidos, a los de Bu Hamara, con lo cual la ciudad se vio libre de sus alarmas periódicas. La acción había sido corta y poco sangrienta.

En un principio se propaga el rumor de una victoria decisiva y de la captura del Rogui, pero poco a poco cunde la decepción y el desencanto cuando se conoce lo incompleto de la victoria y la huida de Bu Hamara. Como consecuencia, se resuelve formar inmediatamente una mehal-la encargada de su persecución hasta Taza.

Mientras tanto el Rogui ha regresado a la montaña de los riatas, al parecer ligeramente herido en la espalda. Por otra parte, la fracción de los Ehl-Tahar a que su mujer pertenece, le facilita refugio seguro, pues el honor de la tribu le prohíbe entregar al hombre que, por su matrimonio, ha pasado a ser uno de sus hermanos.

A los episodios de la guerra sucede otra forma de agitación de un carácter más especial y acaso también más peligrosa. Bu Hamara gana terreno de día en día, pero sin violencia y sin amenazar la capital. Todo el país está sublevado contra el poder central; el blad el-majzen se ve cada día más reducido al recinto de las ciudades y el blad es-siba invade el territorio entero.

La mehal-la que se había lanzado en seguimiento de Bu Hamara, a quien se suponía desalentado a consecuencia del fracaso sufrido, continuaba en su búsqueda, pero el Rogui fue lo bastante hábil para atraer a la mehal-la jerifiana a un valle del Yebel, en territorio de los senhaya, en donde se vio acosada por los montañeses durante varias semanas, hasta que, falta de víveres y fatigada de aquella campaña inútil, fue preciso hacerla volver a Fez a fin de evitar una dispersión general.

El Rogui Bu Hamara, libre ya de todo temor por el lado del majzen, celebró la fiesta del Aid el Quebir en Taza, multiplicó sus llamamientos en la montaña e hizo circular por todas partes un documento de «adul», que se suponía firmado por todos los ulemas de Fez y en el que se declaraba legítima la guerra santa contra Muley Abd-elAziz, culpable de haber entregado el imperio a los ingleses. La leyenda de Bu Hamara seguía tomando cuerpo, y las gentes de Fez hablaban seriamente de ese hombre extraordinario protegido por los dioses y que se había engrandecido por el poder de Muley Edriss. Este santo fundador de la ciudad un día había creído conveniente lanzarle contra la iniquidad del Sultán, diciéndole: «¡Anda y los hombres te seguirán!». Bu Hamara, en efecto, prosperaba de día en día, encaminábase al este, por la kasba de Messún y Ayún Sidi Mellukm, arrojaba a Melilla y a Argelia a los dos xerifes de la dinastía reinante que ha-

bían sido enviados en su persecución y, después de asegurada de este modo su posición, instalaba el centro de su agitación en la kasba de Zeluán, entre Melilla y Udjda, al abrigo de los ataques del majzen.

En esta época comienzan las maquinaciones extranjeras contra Bu Hamara, entre ellas un plan urdido para sorprenderlo, atraparlo y entregarlo a un gobierno extranjero, de acuerdo con el propio Sultán, a cambio de explotaciones mineras en el Rif y concesiones de factorías en Mar Chica y en los mejores centros comerciales rifeños, principalmente en Taurirt, Axdir y Torres de Alcalá, abriendo esta gran ruta a los mercados del Uarga y de Fez.

Un hombre de la calidad de Bu Hamara, nacido y hecho en la lucha, y con las armas siempre en las manos, que vivía en la inquietud perenne de estar vendido a la traición en todas partes, no era fácil que se dejase sorprender por este tipo de trampas.

Asentado en Zeluán, establecióse con toda la magnificencia de una corte imperial jerifiana, con el señorío independiente y rival de Fez, como una disidencia dentro de la propia dinastía alauita. La alcazaba fue reconstruida y acondicionada para albergar al entonces ya denominado Gran Sultán Bu Hamara. Se dice que la construyeron los idrisíes, errante dinastía de los santos jerifes infortunados, y así fue su tradición de olvidada. Otro historiador árabe la sitúa aún más lejana en el tiempo, y la pone entre «los castillos del Garet». Alguien asegura que la reedificaron y modificaron otros sultanes más modernos, sobre las propias trazas siempre de una antigua ciudadela española. Estaban tan cerca de Melilla y se la tenía por inasequible, escondida y perdida en la inescrutable geografía de lo misterioso.

En todo momento el Rogui Bu Hamara se mostró dispuesto a colaborar con el Estado español, para ello apremió a las autoridades españolas para que se procediera a la firma del Tratado acordado entre el ministro francés de Asuntos Exteriores Delcassé y León y Castillo, embajador de España ante la República Francesa, en 1902.

El acuerdo no podía ser más beneficioso para España. Con habilidad negociadora y aprovechándose de las tensas relaciones existentes entre Gran Bretaña y Francia, se consiguió un tratado sumamente favorable a nuestras pretensiones. Eramos un vecino mucho más cómodo y menos peligroso que el Reino Unido y de ahí que Francia se mostrara dispuesta a adjudicarnos en el reparto de Marruecos una muy amplia zona de influencia limitada al norte por el Mediterráneo, al oeste por el Atlántico, al sur por el río Sebú y a Oriente por el Muluya y, separada de ella, otra franja al sur del imperio que se hallaba ubicada entre el río Dráa y nuestras posesiones de la Saguía.

Pero el Gobierno español sumido en una actitud errática, indefinida, acomplejada y con una carencia total de ideas sobre la política a desarrollar, dejó pasar una ocasión única, lo que, desde aquél momento, fue considerado un gravísimo error histórico.

Asimismo, y bajo la protección del Rogui, se comenzaban las obras necesarias para la explotación de las minas. Las gestiones comenzaron en 1906; el 9 de julio Bu Hamara otorgó una autorización por noventa y nueve años a una sociedad española, que se llamó Compañía Española de Minas del Rif. Por parte española, la Compañía estaba constituida: como presidente el señor Villanueva, y como propietarios: el conde de Güel, MacPherson, el marqués de Comillas, Clemente Fernández, el conde de Romanones y el duque de Tovar. Con la adquisición de las minas, se logró también el derecho a la construcción de un ferrocarril de 30 kilómetros, desde ellas hasta la ciudad de Melilla.

A los cautivos españoles apresados por las fuerzas del Rogui, les era concedida la libertad, una vez conducidos a la presencia de aquél. Esta experiencia fue vivida y posteriormente relatada por Enrique Arques, escritor y periodista, en su obra *Tres Sultanes a la porfía de un reino* (Del Diario de un cautivo). Arques, casi un niño y siendo el hijo del comandante militar del pequeño islote de Alhucemas, se embarcó en la aventura de acompañar a Gabriel Delbrel, geógrafo, viajero y publicista francés (hombre de confianza, en otro tiempo, de Bu Hamara, del que manifestaba haber sido jefe de su Estado Mayor), para realizar una excursión de estudio a las kabilas fronterizas de Beni Uriaguel, Tamsaman y Bokoia.

Como dato anecdótico relatado en el libro a que se hace referencia, podemos citar por su curiosidad que, en las grandes celebraciones, el Rogui Bu Hamara hacía interpretar a la banda de música de sus tropas, la Marcha Real Española.

El Rogui no desaprovechaba oportunidad de solicitar de las autoridades militares de Melilla, el envío de municiones para sus armas, de las que cada vez estaba más escaso, y ello con la finalidad de conseguir la conquista y apaciguamiento de la kabila de Beni Uriaguel, única que se mantenía independiente y agresiva ante cualquier tipo de autoridad. Las reiteradas peticiones de Bu Hamara no fueron atendidas en momento alguno por el general Marina, gobernador militar de la Plaza de Melilla, lo que en definitiva se convirtió en el principio del fin, no sólo del Sultán Bu Hamara, sino también de una acción española que se venía desarrollando en un clima de absoluta tranquilidad.

Mientras tanto, en el sur, Muley Hafid, hermano de Muley Abd El Aziz, se declaraba en rebeldía en julio de 1907, haciéndose proclamar Sultán de Marrakech y continuando la guerra hasta conquistar Fez en 1908. Finalmente, Abd el-Aziz tuvo que huir y con la protección francesa logró establecerse en Tánger.

Ni aun así se vio Muley Hafid firme en el trono. Otro de sus hermanos, Muley el Kebir, se alzó en armas, y después de lograr algunas victorias, consiguió entrar en Taza, donde se hizo proclamar Sultán, pero poco después se vio obligado a huir y pedir clemencia.

El Rogui Bu Hamara, carente de munición para sus armas, acosado por

los Beni Uriaguel y abandonado por parte de sus partidarios, prende fuego a la kasba de Zeluán e inicia su éxodo hacia el sur. Allí conecta con el Kaid Yilali, su lugarteniente que, desde el Arba de Tissa había cruzado el río Sebú, y arrasado la campiña de Fez, pero ante el acoso de las mehal-las hafiditas (de Muley Hafid), se vio obligado a replegarse hacia Beni Zerual, buscando la defensa montañosa de Yebala.

Bu Hamara estableció su campamento real en Betem, a unos sesenta kilómetros de la capital. Contaba en aquellos momentos con unos 3.000 hombres y cuatro piezas de artillería. Unidas estas fuerzas a las de su lugarteniente, estuvo a punto de conquistar Fez en los primeros meses de 1909.

Mientras tanto, Muley Hafid, que había logrado gracias a las ayudas internacionales, contratar un ejército de unos 20.000 hombres, se dispuso para dar la última batalla a Bu Hamara. Cercado éste en el morabito de Muley Amran, y después de una ferocísima batalla, fue hecho prisionero el 22 de agosto de 1909. Con un collar de hierro al cuello, y enrollado todo su cuerpo de cadenas, fue colocado sobre una mula, como un fardo, y llevado de esta forma hasta la entrada de la capital. Allí le esperaba una jaula de hierro en la que fue introducido, y a lomos de un camello conducido a la gran explanada del Mexuar, en Bab el Buyat, donde se había levantado una plataforma de mampostería sobre la que colocar la jaula. Allí fue exhibido hasta el 12 de septiembre en que su cuerpo, prácticamente ya sin vida, debido al calor, la falta de alimentos y las múltiples vejaciones y malos tratos recibidos, fue introducido en la jaula de los leones.

Así acabo la vida de YILALI BEN DRIS ZERHONI (EL ROGUI BU HAMARA), personaje que, como hemos subtitulado, pudo cambiar el rumbo de la acción española en Marruecos. Sirva como cierre lo recogido en el Acta de Sesiones del Congreso del 19 de mayo de 1914 (cinco años después de la muerte de Bu Hamara):

«Melquíades Alvarez solicitó la autorizada opinión de Villanueva haciéndole esta pregunta: “¿No es verdad, señor Villanueva, que si el Gobierno no hubiese desamparado al Rogui hubiéramos podido penetrar por todo el Rif sin disparar un solo tiro?”. (El señor Villanueva: “Yo lo creo así.” Al continuar exponiendo Melquíades Alvarez lo que se habría podido obtener de haber dado al Rogui pleno apoyo, dice: “... era como el centinela avanzado de España, que aseguraba la paz de aquellos territorios... Gracias al Rogui... habíamos podido conquistar y tomar sin dificultad la Restinga, Mar Chica y Cabo de Agua; gracias al Rogui se había convertido la cantina de las minas de Beni Buifrur en un verdadero centro comercial, adonde acudían a aprovisionarse las caravanas del interior, que antes se aprovisionaban en factorías francesas a orillas del Muluya; gracias al Rogui, una comisión científica presidida por el catedrático señor Navarro, había recorrido todas las provincias de Yebala y Kelaia sin contratiempos de ninguna clase; gracias al Rogui, había respeto y tranquilidad para los españoles. Pero al Gobierno se le ocurrió cambiar aquella política por una

política distinta. Y aquello fue la expulsión del Rogui, y con su expulsión, su muerte por orden del Sultán; pero al propio tiempo que esto sucedía, todas las mismas kabilas que nos ofrecían sumisión se levantaban contra España y formaban aquellas célebres harkas que nos hicieron sentir dolorosamente su levantamiento en la Segunda Caseta, en Sidi Musa y en el Barranco del Lobo.»

Resumen

El Rogui Bu Hamara fue un hombre que, en un breve periodo de tiempo, alcanzó un gran predicamento y carisma (en su acepción teológica) en el seno de su pueblo. Pudo haber logrado destronar al Sultán reinante, pero estimó que el principal problema con el que habría de enfrentarse era el de pacificar y aglutinar en una misma causa a un pueblo que se debatía en inacabables luchas tribales, sin acatar autoridad alguna y que pervivía en un continuo caos.

Para ello, se desplazó del S. al N.E. en un cómodo paseo militar por cuanto a su persona precedía «la baraca» (virtud o don divino que poseen los chorfas y morabitos y que transmiten como bendición) que irradiaba, logrando sin mayores dificultades la pacificación de las tribus rebeldes, la sumisión, el respeto y el acatamiento de las mismas.

Instalado en Zeluán, en los alrededores de Melilla, continuó su labor pacificadora en los territorios recorridos, nombrando Kaides de gran prestigio que iniciaron una rudimentaria organización política y administrativa.

Gran admirador de España y de sus hombres, sufrió un grave descalabro moral cuando desde Melilla se le negaron las municiones que necesitaba para combatir a las gentes más indómitas y guerreras de las tribus de Beni Urriaguel. Descorazonado y falto de recursos para enfrentarse a los levantiscos rifeños, dejó Zeluán y se dirigió de regreso hacia el Sur.

Su abandono, habría de traer graves consecuencias para España: de un lado trágicas, por cuanto fueron aquellos rifeños los que infringieron los más grandes desastres al ejército español; y de otro, la posibilidad de haber ejercido el protectorado sobre la totalidad del suelo marroquí con un criterio uniforme y mayores posibilidades económicas al ser la zona Sur la más rica en recursos.